

Venezuela: los retos de la vía democrática al socialismo (1)

Jesús Sánchez Rodríguez

La inesperada derrota electoral de la reforma de la Constitución venezolana abre un nuevo escenario en la revolución bolivariana que tendrá consecuencias no solo internas, sino también posiblemente en los otros dos procesos que tienen lugar en Bolivia y Ecuador. No es ninguna derrota estratégica, pero seguramente agudizará las diferencias en el campo chavista sobre el camino a seguir y volverá a sacar a la superficie la vieja polémica sobre la validez o no de la vía democrática para alcanzar el socialismo. Seguramente otros muchos aspectos serán discutidos, pero los siguientes artículos se van a centrar en dicho tema porque estoy convencido de que éste es el núcleo del asunto.

Un tema clave en la explicación de la derrota del referéndum constitucional es la lectura que se haga de la alta abstención que se ha dado en este caso. Un año antes, en las elecciones presidenciales Chávez alcanzó 7.309.080 millones de votos frente a los 4,3 millones del candidato opositor Rosales, con una abstención entonces del 25,3%. En este referéndum la oposición superó ligeramente sus resultados en votos, 4.522.332, que representan el 50,7% de los emitidos, pero los partidarios del sí solo alcanzaron 4.335.136 - perdiendo, por tanto, cerca de 3 millones de votos respecto a sus resultados de hace un año - que representan el 49,29%. La abstención esta vez escaló hasta el 44,9%. Una lectura rápida indica que no es que la oposición creciera de manera importante - teniendo en cuenta algunas desafecciones muy sonadas del campo chavista como el ex general Baduel - sino que una parte importante de los seguidores chavistas decidieron no apoyar la reforma absteniéndose. ¿Qué sectores sociales han decidido esta vez no seguir el proyecto chavista? Pero, sin duda, la pregunta más difícil de contestar es ¿por qué?, y es difícil la respuesta porque la amplitud de reformas contenidas puede que fragmente ampliamente las razones de la abstención.

Un análisis serio deberá basarse en el estudio de los colegios electorales y su comparación con las consultas anteriores, con ello se puede obtener una respuesta sobre el primer interrogante e intentar deducir, a partir de ello, una aproximación al

segundo. Pero, entretanto, la derrota está sirviendo ya para que salgan a la superficie el malestar y las contradicciones dentro del campo chavista. Una reacción, por otra parte, común a este tipo de situaciones. Las victorias siempre encubren los problemas internos, las derrotas les hacen aflorar y, a menudo, dan lugar a la decantación de las fuerzas y proyectos enfrentados, imponiéndose una de las líneas políticas en disputa. Pero no siempre es así, y para ello voy a utilizar lo que será mi modelo de comparación en este análisis, la experiencia chilena. En este ejemplo, las discusiones sobre las dificultades que encontraba el proceso dieron lugar a dos grandes conclave para definir la línea a seguir, sin embargo, ni la minoría del polo rupturista en el seno de la UP, ni por supuesto el MIR, aceptaron las decisiones adoptadas en la práctica y el proceso llegó hasta su final sangriento en medio de diferencias internas insalvables en la UP.

¿Ha creado la derrota en el referéndum un impasse bloqueante insalvable? Seguramente no, pero la modalidad que se elija para superar la situación va a definir el camino que seguirá la revolución. En principio, y según se desprende de los análisis críticos iniciales, hay dos bloques de respuestas a la derrota que están determinadas de antemano sin esperar a análisis más serios como a los que aludimos más arriba. En síntesis la primera viene a señalar que los cambios están siendo más rápidos de lo que puede asumir todo el campo chavista, no solo los sectores más avanzados; que es necesario, además, debilitar al campo de la contrarrevolución, que aunque minoritario no es irrelevante ni mucho menos; que posiblemente sean necesarios algunos compromisos; y que no está claramente definido en que consiste el socialismo al que se quiere llegar. La segunda, por el contrario, se sitúa en las antípodas de la anterior, culpa de la derrota justamente a la falta de decisiones claras en el avance al socialismo; del escaso avance social producido en nueve años de revolución bolivariana en tanto se mantienen las estructuras capitalistas intactas; del enquistamiento en las instituciones de una burocracia que no tiene interés en el avance de la revolución y que es necesario remover urgentemente; y propone como solución acelerar el proceso con medidas que le hagan irreversible. Utilizo conscientemente el término bloque porque en cada una de ellos hay matices, incluso importantes, pero creo que es útil la simplificación porque define dos métodos diferentes de continuar la revolución bolivariana (no se toman en cuenta los sectores que realmente no están por su continuación y algunos de los cuales ya se fueron desprendiendo del campo chavista en diferentes coyunturas).

Claudio Katz¹ publicó poco antes de la celebración del referéndum un clarificador y sintético ejercicio de comparación histórica para buscar algunas claves de interpretación de la situación actual de los procesos sociales y políticos por los que atraviesan Venezuela, Bolivia y Ecuador, especialmente la primera porque es el proceso de cambio más antiguo, el más avanzado y el que lleva la iniciativa de los tres. Entiendo que su análisis no se ve alterado por el resultado del día 2 de diciembre.

Los tres ejemplos históricos en América Latina que le sirven para el núcleo principal de su comparación son la revolución mexicana, la sandinista y el gobierno de la UP de Chile. El interrogante principal que plantea es si los procesos actuales terminarían frustrándose en el objetivo de alcanzar el socialismo como los tres ejemplos históricos mencionados, o, si por el contrario, los tres, o alguno de ellos conseguirá superar los graves obstáculos, como fue el caso del cuarto ejemplo histórico, la revolución cubana.

Todas las comparaciones históricas tienen sus riesgos porque no hay procesos iguales, pero también es cierto que es necesario hacer este ejercicio para extraer lecciones, alumbrar soluciones concretas ya ensayadas con éxito o a evitar por su fracaso, etc.

En estos artículos no se pretende ser tan abarcativo como el de Claudio Katz. Mi interés, ya lo he expresado en otros trabajos donde he comparado la actual experiencia venezolana con la de la UP de Chile², es insistir en un tema que fue común a ambas y cuya respuesta no estoy muy seguro que esté contenida en el desenlace de la experiencia sandinista cuando perdió las elecciones.

El problema que el sangriento golpe militar de Pinochet dejó sin resolver en Chile fue el de la posibilidad de avanzar hacia el socialismo sin una ruptura violenta de la institucionalidad burguesa, sino mediante su transformación. Los que rechazan la estrategia principal que siguió la experiencia chilena por supuesto que tienen la respuesta de manual desde antes de su inicio, el golpe militar es la respuesta al

¹ Katz, Claudio, Las encrucijadas del nacionalismo radical, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=59330>, 21-11-2007

² Sánchez Rodríguez, Jesús, Reflexiones sobre la revolución chilena, <http://www.rebellion.org/docs/52569.pdf>, 22-06-2007. ¿Cómo deben articularse las fuerzas revolucionarias para alcanzar el socialismo del siglo XXI?, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=48969>, 30-03-2007

problema, y además probada en la práctica. O en los casos menos dramáticos el final puede ser como en México o Nicaragua.

Supongo que es un razonamiento histórico tan válido como el de los que sostienen que una revolución anticapitalista en países no desarrollados, con toma insurreccional del poder y liderada por una estructura partidista de tipo leninista tiene una probabilidad muy elevada de terminar colapsando al cabo de unos años o regresando al capitalismo gradualmente, en cualquiera de los dos casos por degeneración del proyecto revolucionario original. Todas las experiencias están ahí y no se puede tomar solo aquellas que interesen.

Por supuesto queda una última posición, la de quienes alegan que desde muy temprano hicieron la crítica de la degeneración stalinista, señalaron sus causas e, incluso, llegaron a prever su colapso; a la vez que criticaron la experiencia chilena y sandinista o la actual venezolana. En teoría parece que tienen todas las razones, pero no han podido ofrecer jamás un modelo histórico exitoso que pruebe la viabilidad de sus argumentos. En este caso no se trata de la experiencia del fracaso, sino de la continua ausencia de un éxito.

Creo que si con humildad se reconocen todos estos hechos entonces se puede discutir sin anatemas apriorísticos que la experiencia venezolana actual también es insólita y que no tiene porque terminar necesariamente en ninguno de los escenarios que históricamente hemos conocido.

Cuales son, pues, los tres grandes escollos que un proceso como el venezolano debe continuamente superar. El primero y más peligroso evitar ser derrotado por una solución de fuerza, sea un golpe de Estado; sea una situación insurreccional de los sectores medios; sea una intervención exterior de distintas maneras; sea, lo más probable, una combinación de todas ellas. El segundo obstáculo es evitar ser derrotado electoralmente o sufrir una merma tan importante en el control de los cuerpos de decisión electivos que finalmente se bloquee el proceso. El tercero es evitar la corrupción, la burocratización o el acomodamiento de los partidarios del proceso en puestos claves de decisión.

Al primer tipo de escollos ya se ha enfrentado la revolución bolivariana con éxito hasta el momento. En el segundo aspecto había venido manteniendo un importante y continuado apoyo a través de múltiples consultas electorales que se ha roto abruptamente en el referéndum sobre la reforma de la Constitución del 2 de

diciembre de 2007. El tercero parece que es un cáncer contra el que se está luchando, aunque, por las críticas continuas que se vierten, sin demasiado éxito por el momento.

Las continuas victorias de la revolución en el primer y segundo plano la han permitido ir profundizando en el proceso, pero no por ello cesan sus enemigos de intentar derrotarla, la primera victoria en esa cadena de derrotas la acaban de conseguir en estos momentos. La pregunta es ¿cuándo y de que manera puede darse por consolidada una revolución y dejar de temer su derrota?

Supongo que la respuesta segura, pero poco reconfortante, es que un proceso revolucionario podría sentirse totalmente seguro y consolidado cuando todo o, al menos, una inmensa mayoría del planeta hubiese alcanzado el socialismo. Lo demás, lo ha enseñado la historia, siguen siendo victorias efímeras. Incluso para países aparentemente tan inexpugnables y poderosos como lo es China o lo fue la Unión Soviética. El contraejemplo, ya se sabe, es Cuba que a pesar de las enormes presiones ha estado sometida ha sido capaz de resistir hasta el momento, pero no por eso está inmunizada por los peligros que han acechado a las otras revoluciones.

Hechas esta introducción en los siguientes artículos pasaré a lo que pretende ser el núcleo de esta intervención, el de los cuatro grandes problemas que enfrentó la experiencia del gobierno Allende y que, con diferencias, vuelven a surgir en la actual revolución bolivariana: la actitud a mantener con las clases medias, la articulación con el poder popular, la política militar, y el último, que engloba a los tres anteriores, las diferencias en el seno de la alianza que lidera el proyecto transformador sobre la vía a seguir, e incluso sobre el contenido del propio proyecto, en el caso actual ¿qué es y como se llega a lo que se ha venido en denominar socialismo del siglo XXI?